# BIBLIOTECA

# DRAMÁTICA.

MADRID,

*Imprenta de D. V. de Lalama, Editor,*

*Calle del Duque de Alba, n. 13.*

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

# MATEO EL VETERANO.

*Drama original en dos actos, por* D. Antonio Hurtado, *representado en el teatro de Variedades el año de* 1846.



Se hallará de venta en Madrid, en las librerias de *Perez* y *Jordan*, calle de las Carretas, *Viuda de Razola*, calle de la Concepcion, y *Castan*, calle del Principe, á 3 rs. las de un acto, y á 4 las de dos ó mas actos.



PERSONAS.

Delfina Lavign.
Carolina de Saint-James.
Carlos Varennes.
Luis Dorval.
Mateo Laving.
El Conde de Varennes.
El Conde de Saint-James.
Un Notario.
Jazmin.
Acompañamiento.

## ACTO PRIMERO.

Un campo vistoso con una fachada de la casa de Mateo Laving á la derecha del espectador: á la izquierda el camino que conduce á París.

### ESCENA PRIMERA.

Mateo *y* Delfina, *saliendo de la casa, esta se pone á coger flores.*

Mat. Voto al demonio! Esta pierna va á quedar de reemplazo, y lo siento á fé de Mateo; vivir el resto de mis dias como la grulla de centinela, es cosa que me abruma y me fastidia. ¿Quién diria al alferez Mateo, cuando atravesaba los Alpes como un gamo, ayudando á pasar la artillería, que á los cincuenta y seis años de su edad tendria que pedir ausilio á una muleta? Voto al diablo! cuando al frente de mi compañia caminaba hácia el enemigo, siempre llegaba á tiempo para repartir algunas cuchilladas y hacerme visible entre mis camaradas. Hoy, que no tengo otro oficio que el de pasearme en mi pobre posesion, no puedo llegar á evitar que algun vergante asalte la fruta de mis árboles. Oh! esto me consume, porque me es imposible pagar su atrevimiento con tres ó cuatro muletazos que le hicieran respetar la propiedad. Y bien. Delfina, que haces ahi?

Del. Ved, padre mio, un ramo de flores, para ponerlo en el ojal de vuestra casaca, ó en la cinta del sombrero.

Mat. Anda, zalamera; en el fondo de tu corazon no me dedicas tu trabajo, bien lo sé; pero, ¡que diablos! algo se ha de mentir en gracia de diez y ocho abriles con amor. Piensas tú que es fácil engañar al viejo Mateo? Al alferez que eludiendo una estratagema del enemigo, ascendió á capitan en la gresca de Austerliz?... Oh! tu padre comprende bien las maniobras, y sabe que la que tú haces no se dirige á él. Por San Luis! Haria mal efecto ese ramo compuesto para el amor, sobre un sombrero veterano, ó una casaca ahumada con la pólvora de Jena. Anda, guárdalo, hija mia, paga ofrecérselo al pobre mozo que me regala buen ron de Jamaica, y que te quiere mucho, segun demuestra su conducta. Es buen sugeto, y no me pesaria llamarle hijo... Pero

qué!... te ruborizas? Vaya. ¡Qué demonios! Bien, muy bien; el rubor es una cualidad recomendable... aunque allá en mi juventud me fastidiaba una cantinera virtuosa. Conque adios; voy á pasear: me estará esperando á la bajada del camino mi antiguo compañero el teniente Grup, y quiero llegar á tiempo. Adios, hija mia... ah! escucha un consejo... Cuidado con las flores... ¡voto á mi pierna! (*vase.*)

## ESCENA II.

DELFINA *sola.*

Mi pobre viejo! cuanto me quiere! ahora se sentará con su amigo junto al arroyo para ver trasponer el sol, y se quitará veinte años de encima recordando sus campañas y los lances de su juventud. Adivinó que el ramo no era para él!.. Sin duda leyó en mi semblante que se le ofrecia por respeto á galanteria. Oh! Qué feliz soy! Mi padre bendice mis amores, y me ha dicho que se alegraria llamarle hijo! Que bueno es!.. Pero Carlos tarda mucho y este incidente me atormenta. Quién sabe! Quizá esté muy cerca de aqui!.. oh! Pues yo voy á recibirle, á esperarle, para echarle en cara su tardanza, y á decirle que otro dia se apresure á desvanecer la pena que me devora. (*se va por la derecha. Por la izquierda suena el ruido de un coche.*)

## ESCENA III.

DORVAL, *con elegancia, aparece por la izquierda dando órdenes á su criado.*

Alto ahí, Jazmin: espérate á que vuelva: cuida de mi caballo, y ten preparado el coche del Conde para cuando sea necesario partir. Pues señor, heme aqui á llenar una mision filantrópica, á separar á dos amantes provisionales, para no volverse á ver, y que los dos participarán de diferentes sentimientos hácia mi persona. Ella me lanzará su maldicion á cada instante, y él me bendecirá por haberle sacado de un compromiso y anunciado su brillante colocacion. En verdad, no conozco su futura, porque el casamiento es un sigilo y de conveniencia; yo á estas cosas cierro los ojos, y mas cuando se trata de la felicidad de un amigo. Encargado por su padre de participarle su enlace, me he apresurado á venir á sacarle de entre los brazos de una aldeana que le tiene loco, y aqui estoy de embajador matrimonial, con poderes esplícitos para arrebatarle del fondo de los caprichos. Se trata de una palabra empeñada entre dos familias nobles, y esto es muy sagrado, porque sin duda redunda en beneficio de las dos casas. Pero este chico no parece por aqui, y yo tengo que concurrir al baile del marqués de Traibille esta noche, donde irá mi hermosa, segun me ha escrito esta mañana, para anunciarme un secreto y separarnos para siempre... Esta última cláusula, no la creo. Sin duda alguna quiere asustarme para que no me enrede en alguna otra parte al ecarté y la haga pasar la noche desesperada. La pobre niña, me ama tanto! oh! Y yo la pago: debe estar satisfecha, á pesar de mis locuras, del amor que la profeso; porque si no es que algunas veces me dá la mania de enamorar alguna modista que me entretiene hasta dejarme sin la renta de un año, por lo demas, le soy fiel... mi corazon, mi pensamiento... Oh! mi pensamiento... Pero este chico no llega, y me vá pareciendo esto algo pesado... Qué vá á que hago dimision de mi encargo y me vuelvo á París, ensartando una docena de embustes para quedar en buen lugar? Oh! en esto de mentir lo hago á las mil maravillas, cuando nadie me vá á la mano... Ah! gracias á Dios que ya viene... calle! y llega de cazador! Ja! ja! ja!.. (*sigue riendo hasta que entra Carlos.*)

## ESCENA IV.

LUIS DORVAL *y* CARLOS VARENNES, *dejando la escopeta y corriendo á abrazar á su amigo.*

CAR. Luis! Amigo Luis!

LUI. Gracias al diablo, amigo Carlos. Creia que me iba á dar una paralisis de esperarte. Lo menos hace tres horas que estoy aqui.

CAR. Tanto!

LUI. Lo que oyes. Pero ya se vé, tú habrás estado hecho un almivar, enamorando á tu pastora... Hombre... Sabes que no he tenido nunca amores de esta especie? Deberán ser muy agradables. Oh! y lo que es tu individua, merece la atencion de un Rey, y eso que no la he visto mas que de paso dos ó tres veces... Pues señor, como te iba diciendo, ya pensaba abandonar estos sitios, cansado de aguardar, y hete aqui que te descubro hecho un cazador de esta Arcadia encantada, donde una hermosa Filomena te levanta de cascos, y no piensas en otra cosa que... he?...pues... en la caza. Y qué!... has matado algo? Nada: si en tu vida has tenido semejante vocacion. Lo que es el amor, hombre! Y estás gordo: ya se vé las satisfacciones... el vivir á tu antojo... Ah! por aquí habrá buena leche de burras, cosa que sirve para nutrir, y tú te darás buena mano de ella. Con que, vaya, hombre, habla, estas asi...

CAR. Oyéndote, porque no me dejas meter baza. Dime, ¿á qué debo la satisfaccion de verte?

LUI. Ah! tienes razon, ya se me olvidaba.

CAR. Tienes una cabeza!

LUI. Chico, el segundo tomo de la tuya; y si ahora está un poco mas descompuesta, se lo debo á los ojos de una hermosa que me tiene loco de amor. Vè ahí, ya no estraño que tú lo estés por esa aldeanita; porque este no sé qué

del amor, que todos conocen y ninguno sabe definir, es un busilis... por eso me gusta, porque yo soy muy amigo de los busilis... Ay! que ojos, amigo Cárlos! Qué talle, que voz, y como me ama! Vamos, esto es cosa de delirar. La vi en un baile: estaba encantadora: la miré, y de sus ojos á los mios habia una cinta de fuego. Desde luego sentí el busilis en mi corazon, que no sé cómo ni cuándo se coló acá dentro para tenerme inquieto. Yo por mi parte conocí que habia chocado tambien, y dije para mi: pues señor, esto es obra de la simpatia, y la simpatia es una señora un poco estravagante á veces; pero en aquel momento la dí las gracias con todo mi corazon, porque asi nos habia ligado, y me decidí á esplorar el terreno. La pido un wals... ¡ay! que cintura, Cárlos! La hablé... y al decirme que «si:» esto es que me correspondia; crei que me daba un ataque de Catalepsis.

CAR. No lo estraño; tu temperamento es muy sanguineo: adelante, y deja pasar esa en fermedad.

LUI. Lo demas, no tiene nada de particular: nos queremos como dos tortolitas, y ningun accidente ha turbado nuestras relaciones. Solo te diré para justo desahogo de mi alma, que habiendo tratado de casarme, fui lleno de esperanzas á pedírsela á su padre, y el buen señor tubo á bien negármela como á un bárbaro. Entonces desconsolado como una Magdalena, pensé suicidarme; pero viendo que esto me alejaba para siempre de la señora de mis pensamientos, tomé la resolucion de esperar...

CAR. A qué?

LUI. A que se muera mi tio, que no tiene mas heredero que yo. Pues el único obstáculo que me puso mi estúpido suegro, era el saber que estaba arruinado.

CAR. Y ella?

LUI. Se ha decidido á esperar tambien.

CAR. Qué bella filosofía!

LUI. Oh! el buen señor es viejo, y su muerte pertenece á la categoria de las muertes dulces ó naturales.

CAR. Ah! sí, tienes razon: las demas son estraordinarias.

LUI. Esta noche debo verla.

CAR. A quién? á la muerte?

LUI. No, hombre: á mi adorado tormento, que me cita al baile del marqués de Traibille para decirme un secreto y separarnos para siempre.

CAR. Y te convienes á eso?

LUI. De ninguna manera, pero lo dice para que no falte... Nada, esto tú no lo entiendes: estratajemas mugeriles... resortes de enamorados.

CAR. Le has hecho alguna por donde la pobre niña esté decidida á romper?

LUI. Hombre... yo no... no recuerdo... A no ser que la hayan contado que mantengo á la bailarina... pero ca!.. es imposible... calla! ayer me vió hacer telégrafos á la modista de... vamos, esto es... está celosa como una romántica. Pero no tengo cuidado: esas ilusiones las desvanezco yo con un rifi rafe de mi respetable buen humor.

CAR. Parece que tienes mucha confianza.

LUI. Ah! sí; si ella es un angel; una niña... primeros amores, y basta; querrá sujetarme y cederé. Es preciso lisongear su orgullo. Todas tienen esta mania. Pero y tú, ¿no me cuentas? Cómo te vá con tu linda aldeanita? Ah! te anuncio: es necesario cortar esas relaciones.

CAR. Calla, me gusta la salida, hombre, dèjame hacer; ya ves que yo no coarto tus inclinaciones.

LUI. Nada, nada; es preciso romper: te lo mando.

CAR. Esta es buena: y con qué derecho?

LUI. Soy plenipotenciario enviado por tu papá para hacerte saber mi susodicha determinacion.

CAR. Ah! esto varía de especie. ¿Qué hay, amigo Luis? Ha sabido algo el buen señor?

LUI. Nada, te aseguro que nada. Pero se ha decidido á que pertenezcas al martirológio de los casados, y es preciso conformarse y someterse á la paterna voluntad.

CAR. No te comprendo.

LUI. Quiere que te cases para tener un nieto! Caprichos de viejo, amigo mio.

CAR. Qué me case?

LUI. Sí: mañana mismo se firman los contratos: es cosa decidida, y vengo por tì: ahi está el coche esperándote con tu criado Jazmin y mi soberbio caballo que no me dejarán mentir.

CAR. Y ahora sales con esas? Pues hombre, podias dejarlo hasta mañana.

LUI. Qué quieres? En hablando de mi amada, pierdo los estribos; la imaginacion se estrabia, y no dá lugar á otro pensamiento que al de su cariño.

CAR. Y dime, es hermosa mi futura? Es de buena familia?

LUI. En cuanto á hermosa (yo no la conozco) te aseguro que es la muger mas encantadora de París. Compite con mi novia, que es cuanto puede decirse... Y en cuanto á su familia, basta para hacértela conocer, que es hija del conde de... de... hombre, yo no sé, porque no escuché bien la especie, pensando en la de esta noche!

CAR. Pues chico, quedo enterado, pero no pienso ir.

LUI. Con que te rebelas contra la patria potestad! Pues entonces, no hago aqui nada. Diré á tu papá que te pronuncias contra su palabra, y lo harás que se desespere al dejarlo en una posicion tan crítica.

CAR. Pero hombre...

LUI. Nada, chico, fia en mi. Le diré que tus intenciones no son las de ligarte por ahora.... porque creo que esta será tu única objeccion... á no ser que hayas hecho la barbaridad de enamorarte de esa muchacha, y quieras casarte con ella.

CAR. Creo que estoy enamorado de veras, y que solo ella podria hacer mi felicidad.

LUI. Ay! chico, tu vives dos siglos atrasado. Te compadezco. Y sin duda que esas ideas las habrás adquirido leyendo las obras de Victor Hugo, porque antes preferias una botella de cerbeza que la mejor escena romántica de nuestros poetas.

CAR. Oh! no: te aseguro que á veces he temblado á la sola idea de separarme de esa niña, á quien tengo hecho creer que soy un ebanista del barrio de San Antonio, y que solo aguardo la muerte de un tio...

LUI. Ola! tú tambien... oh! los tios son buenos recursos.

CAR. Para heredar sus haciendas y casarme al momento con ella.

LUI. Escucha el consejo de un amigo, y luego dispon de tu voluntad como te parezca. Tú que has vivido en el gran mundo, que has apurado la copa de todos los placeres; destinado á ser el tronco de una ilustre familia, que tantas hermosas se disputarian tu mano con empeño, y á quienes podrias enloquecer con una risa, ¿te has de poder acostumbrar á vivir con una muger que no trae mas que su hermosura, y que pasará mañana como pasa la primavera? Por otra parte, figúrate que te casas con la muger que te proponen, si pierde su hermosura, el oro de su dote la tapa, y tanto por tanto... la felicidad es una quimera.

CAR. Chico, hablas como un Séneca. Habia olvidado los severos principios de nuestro siglo positivo. Soy tuyo.

LUI. Oh! Ilustre dechado de nuestra brillante juventud! Mereces la corona de cualquier emperador. Con que estás decidido á marchar?

CAR. Sí, pero siento á fé mia tener que engañar á esa pobre niña: vivirá con su esperanza y morirá de pesadumbre al saber que la he faltado.

LUI. Bien; pues déjame hacer; los males se cortan de raiz, y yo sabré desvanecer toda esperanza hácia tí.

CAR. La veo venir; retírate, y espérame con Jazmin: debo hablarla antes de marchar.

LUI. Te dejo, y cuidado con enternecerte: las mugeres tienen el recurso de las lágrimas para sujetarnos.

CAR. No temas.

## ESCENA V.

CARLOS *solo.*

CAR. Pues señor, esto es hecho; me caso segun dice Luis, con una muger hermosa y heredera de un título. Vuelvo á la vida de movimiento, y me dejo de suspirar como un desesperado. Y á fé que me iba ya cansando; esto de ser siempre una misma cosa, no es lo que mas se aviene con mi genio de agitacion y ruido. En verdad que es estraño que yo me haya entretenido tanto tiempo con esta pobre chica: y bien pensado, se me figura que la amo mas de lo regular... pero esto, pasará como todo en el mundo. La señalaré una renta para aumentar el corto capital de su padre, y callará por no matar de pesadumbre al pobre viejo... Ah! ya llega... Que hermosa es... casi estoy por arrepentirme.

## ESCENA VI.

CARLOS *y* DELFINA.

DEL. Ah! señor Carlos, bien venido... Creí que no venia V. hoy.

CAR. Delfina, comprendo por tu lenguage que estas enojada y no acierto la causa.

DEL. No sabe usted cuál es? No lo estraño, no: oh! usted no puede figurarse lo que sufro cuando pasa un dia entero sin verle; cuando sentada en el camino que debe atravesar, siento pasar las horas sin descubrirlo, y veo que el último rayo del sol me arrebata la esperanza de hablarle ese dia. Usted no sabe el dolor de un corazon desconfiado que ve en todas sus acciones la frialdad de la indiferencia, y que echa de menos las horas alegres de una felicidad que se desliza horriblemente ante los ojos. (*Empieza á llorar.*)

CAR. Por piedad! Delfina...

DEL. Oh! le parece á usted bien que arrostre el frio de la tarde por verle? Que no tema el rocío de la madrugada por hablarle; que mienta de una manera imperdonable al pobre viejo que no tiene otro bien que su hija; y que no me queje de su conducta desagradecida?

CAR. Pero oye por Dios. (A que dá al traste esta chica con mi propósito?)

DEL. Y en verdad, ¿qué es para usted una pobre loca que se muere de amor? Nada... nada... Dios mio! Y ahora que era tan feliz!

CAR. (Lo dicho, me conquista.) Pero escúchame; no seas injusta. ¿De dónde has inferido que mi amor hácia tí se concluye? No te he repetido mil veces que la felicidad no la comprendo sino á tu lado?

DEL. Oh! pues entonces á qué hacerme esperar tanto tiempo, desesperada, formando mil ideas funestas que acibáran mi existencia? Oh! dime que no has engañado á esta pobre muger, que tu amor no es una quimera, que no eres tú de esos hombres corrompidos que se complacen en el tormento de una desventurada.

CAR. (Esto va malo!) Y quién te ha dicho que yo no te amo? ¿Por qué dudarlo hermosa mia? En qué te he faltado? Pasé ayer sin verte, y á tu parecer tienes razon para quejarte; y sin escuchar mi disculpa, lloras y me ofendes acriminando una conducta que en nada debe resentir tu amor, porque la justicia y la buena fé guian mis pasos

DEL. Dios solo lo sabe. Yo por mi desgracia sé que en esa capital hay mugeres que seducen

la virtud, y hombres que atropellan la honra de una familia. No quiero pensar que perteneces á esta raza, porque entonces moriria; pero se habrán presentado á tus ojos mugeres mas hermosas que yo, y habrán asaltado tu corazon sin fuerzas para resistirlas. Ah! esta idea me abruma y desgarra mi alma. Dime, por Dios, que solo tu Delfina es la muger que te envanece, que vivirás para ella, y que ella sola te merece. Dímelo, ¡ah! dímelo aunque sea mentira.

CAR. (Pues señor, no hay duda, me enternece, y adios boda.) Sí, te lo he dicho, y te lo repetiré mil y mil veces. Tú eres el ángel de mi vida, sin tí no tiene encantos, y solo nuestra union puede rodear de felicidad mi existencia. Tú y sola tú, eres la muger que necesito para vivir; y á pesar del mundo, me casaré para adorarte, para hacerte feliz, si puedes serlo á mi lado. (Pues señor, he hablado de corrido y no sé como salir de aquí.)

DEL. Carlos, Carlos, cuanto te amo!

CAR. (Y el otro me estará esperando.)

DEL. Que felices seremos, no es verdad?

CAR. (Y estará desesperado. Tiene que ir al baile.)

DEL. Ves, ya no tengo celos. Estoy tranquila.

CAR. (Si viene Luis, lo echamos todo á perder.)

DEL. Pero qué tienes? estas muy triste. Te has ofendido acaso?

CAR. No... pero... (aquí de mi tio.) tengo que darte una nueva que me causa pesar.

DEL. Una nueva?

CAR. Sí, hermosa mia.

DEL. Sí¿, pues habla, habla.

CAR. Tenemos que separarnos.

DEL. Separarnos!... Separarnos! oh!... esto me faltaba. Bien decia yo que tu amor era mentido. (*llorando.*) No te bastaba haber engañado á una sencilla muger, sino que quieres robarle su última ilusion, alejarte de su lado, despreciarla y abandonarla ¡á su destino para que muera? Dios mio! Dios mio! Qué te he hecho yo para que asi me castigues?

CAR. (Calla! Pues no esperaba yo esta nueva tempestad!)

DEL. Separarnos!

CAR. Sí, pero es para poco tiempo. Una semana de ausencia, mientras recojo la herencia de mi tio, y despues volver para consagrarme á tí para siempre. Lo entiendes ahora?

DEL. Ah! perdona, perdona: estaba loca; creia que te separabas de mi por falta de amor.

CAR. Que injusta eres. (No he salido muy mal.)

DEL. Pero volverás pronto, no es verdad?

CAR. Oh! Sí: lejos de tí las horas serán siglos: tú no sabes tampoco la intensidad de mi cariño. Cuando salgo de París para venir á verte, mi corazon se estremece de alegria; saludo al primer pájaro que vuela sobre mi cabeza, porque se me figura que habrá dormido sobre el techo de tu habitacion. Cuando descubro el campanario de ese pueblecito cercano, donde te ví la primera vez, mi imaginacion me transporta á tu lado, y me gozo con las ilusiones que me regala el camino. Los àrboles frondosos, las flores esmaltadas, el murmullo del Sena, todo respirando amor, porque tu recuerdo lo embellece, me pone loco de alegria. Oh! no temas; el torbellino de esa poblacion me abruma; mi existencia necesita aire, amor y libertad, y apresuraré mi vuelta para estasiarme con tu cariño. Pensé no venirte á ver hasta decirte: «Ya podemos casarnos, soy rico,» pero reflexioné que un solo dia que te faltase, bastaría para acriminar mi conducta y hacerte llorar. Ahora nada me resta que decir, sino que dentro de pocos dias volveré para que seamos felices. El sol vá á ponerse, y necesito llegar á París antes que se haga de noche. Estás tranquila? Dudas de mi cariño?

DEL. Oh! no; perdóname. Te amo tanto!

CAR. Ya lo creo: (he hablado como un energúmeno.)

DEL. Bien, vete: y llévate este ramo que he formado esta tarde para que te acuerdes de mí.

CAR. Lo pondré sobre mi corazon. (*lo hace.*)

DEL. El pobre viejo me dijo al ofrecérselo, que lo guardára para tí. Ya ves que conoce nuestro amor.

CAR. Lo sabe?

DEL. Sí.

CAR. (Tanto peor.)

DEL. Me dijo tambien, que no le pesaria el llamarte hijo.

CAR. (Malo! Cuando sepan la verdad se vuelven locos.)

DEL. Ya ves; mi padre es bastante anciano, y necesita un hombre de bien que cuide de su hija. Yo le diré que has ido á París por un poco de tiempo, para volver á ser parte de su familia, y estoy segura que llorará de alegria. Le diré que tu tio te ha dejado una inmensa fortuna para ofrecérsela, y te bendecirá como á mí, porque el pobre viejo tiene un buen corazon. Yo hablaré siempre de tí, estarás siempre en mi memoria, fijo sobre mi corazon, y no viviré contenta hasta que vuelvas.

CAR. Delfina, cuanto te amo!

DEL. Vete, la tarde declina: y es preciso no perder tiempo.

CAR. Adios, amor mio; hasta la vuelta. (*cogiendo la escopeta.*)

DEL. Adios; acuerdate de mí. (*le sigue con la vista hasta que desaparece.*)

### ESCENA VII.

DELFINA *sola.*

Ya se fuè!.. No sé por qué las lágrimas se asoman á mis ojos cuando desaparece. Le amo tanto! Ah! cuanto se alegrará mi padre cuando sepa que hay un marido para su hija, que puede morir tranquilo sin pensar en su porvenir!.. Oh! estoy loca de alegria! Dios mio!

Qué feliz soy! (*suena el ruido de un coche.*)

## ESCENA VIII.

DELFINA *y* DORVAL.

LUI. Adios, lindísima criatura? Qué pesar anubla el cielo de tu cara? Vive Dios, que eres la muger mas encantadora que han contemplado mis ojos.

DEL. Caballero, no se con qué derecho os atreveis á faltar al respeto á una muger que hablais por la primera vez de vuestra vida.

LUI. Perdonad, señora, mi genio es muy marcial, y acostumbra tratar con franqueza á todo el mundo: especialmente á las mugeres.

DEL. Pues si habeis dado con personas que os lo han permitido, yo no debo consentir que se me falte á las consideraciones que exigen mi sexo y educacion. La hija del capitan Mateo Laving no sufre que la trate con tanta franqueza un hombre que no conoce.

LUI. Bien, muy bien, señorita. (Cáspita con la niña! Tiene su dosis correspondiente de amor propio. (*ap.*)

DEL. Ahora podrá usted decirme qué quiere y á quién busca en este sitio?

LUI. Busco,... no sé si me habrán equivocado; á un amigo que es otro yo, que parece ha venido de caza por aqui como es costumbre hace largo tiempo. Estatura regular, pelo castaño, ojos garzos... oh! es un calavera el tal chico: enamorado como cupido: seductor por distraccion... usted no le conocerá: pero no sé como no se ha detenido aqui al ver la Reina de las flores. Le aseguro á usted que no habrá visto sus encantos, porque sino, es muy posible que se hubiera decidido á obsequiarla.

DEL. Caballero...

LUI. Oh! no es mi ánimo ofenderla. Conozco en sus ojos de usted que se hubiera retirado con sus honores, y con la música á otra parte; pero usted no hubiera podido evitar una declaracion por de pronto; su repulsa le hubiera contenido, y despues la hubiera respetado. En cuanto á eso, Carlos es hombre muy prudente.

DEL. Carlos, dice usted?

LUI. Sí, Carlos; pasa de incógnito donde quiera que se establece. Nunca da su apellido.

DEL. (Dios mio! Yo tampoco sé su apellido.) Oh! diga usted, diga usted!

LUI. Recientemente pasa, segun me ha dicho, por un...

DEL. Oh! calle usted, no quiero saberlo. (*con ansiedad.*)

LUI. Sí, le contaré á usted, señorita, sus últimos amores... Los debe tener cerca de aqui, y quizá le conocerá, tengo interés en encontrarle.

DEL. Ay! Quizá no será él. Bien, diga usted.

LUI. Estaba enfermo en París de una gastritis; no sé que enfermedad es esta, porque no conozco la medicina; pero su papá, que le quiere mucho, y que no tiene otro heredero, le envió á ese pueblo inmediato á tomar aires; le hizo conocer á una belleza que le ha trastornado el juicio, y le ha tenido seis meses loco de amor, hecho todo un vesubio

DEL. (Seis meses! Dios mio! Ese tiempo hace que le conozco.)

LUI. Su papá no es sabedor de las correrías de Carlitos por estos bosques; lo cree muy entretenido en la caza, y le considera restablecido. Pero él... nada: se hace el maula por no ir á París, y goza al lado de su amor, mintiendo como un bellaco. La tiene dicho que espera la herencia de un tio que le hace rico, para casarse con ella, y que su oficio es ebanista del barrio de S. Antonio.

DEL. (Dios mio! Dios mio! es él!..) Ah! por piedad, caballero; diga usted que eso no es verdad... que se ha equivocado... que esa es una historia forjada... oh! por Dios, por Dios! diga usted que eso es mentira! (*llorando.*)

LUI. Cómo que es mentira! míreme usted bien, tengo cara de embustero?

DEL. Dios mio! Es esto un sueño? oh! es imposible! es imposible.

LUI. Créalo usted, señorita. Vengo enviado por su padre para hacerle saber que mañana debe firmar los contratos de su boda.

DEL. Se casa! se casa! ay! que horrible desengaño!

LUI. Pero, qué es esto, señorita, se pone usted enferma?

DEL. Sí, estoy enferma del corazon... Ay! la cabeza se me arde... la sangre me ahoga... por piedad!.. me siento morir.

LUI. Qué! acaso le liga á usted algun interés con Cárlos, el hijo del conde de Varennes?

DEL. El hijo de un conde!... (*cae desmayada en brazos de Luis.*) Ah!

LUI. Mal ha sentado á esta niña la píldora que la he hecho tragar... Vive Dios, que es hermosa y que me dá compasion; pero en mi caracter de plenipotenciario tenia que usar de las estratégias diplomáticas para desvanecer su esperanza. Diablo... Qué compromiso! No creia que en estos tiempos hubiese un corazon tan apasionado. Ve aqui una muger que vale un mundo, y que vivirá muy desgraciada por causa mia. Por vida de san Luis, que no vuelvo á admitir el cargo de casamentero por mas honorífico que sea... Señorita... voto á... Animo y perdonad mi imprudencia: no sabia que le amabais.

DEL. Oh! idos, caballero; idos por Dios: necesito llorar.

LUI. Cómo! abandonaros asi...

DEL. Sí; os lo suplico. Por lo que mas ameis en en este mundo.

LUI. No me es permitido dejaros en esta situacion.

DEL. Os lo ruego... partid. Mi padre debe volver.

LUI. Una vez que os empeñais... (Calla, el sol se ha puesto! Ahora al baile del marqués á ver

á mi hermosa. Su vista desvanecerá estas impresiones.) (*vase.*)

## ESCENA IX.

DELFINA, *sola.*

DEL. Oh! Qué infamia! Yo que le amaba tanto! que vivia solo para él! ¡Abusar asi de una niña desamparada, destrozar la tranquilidad de su corazon y anegar su existencia entre las lágrimas y la desesperacion!... Dios mio! ¡Y el pobre anciano que sonreia de placer al besar la frente de su hija, morirá de pesadumbre cuando le diga... no la beseis, la ha manchado el aliento impuro de un hombre que queriais llamar hijo... Pero... no, eso es imposible, ha querido ese hombre burlarse de mí, porque sabria quizás nuestros amores: ha querido emponzoñar las horas de su ausencia... Ah! no, demasiado cierto es... yo no sabia su apellido... nunca me lo ha dicho, porque es un apellido ilustre y le hubiera rechazado con indignacion. Le hubiera dicho, que la hija de un pobre capitan, no era digna del amor de un conde, y hubiera sofocado todos mis sentimientos para no dejarle esperanza alguna. ¡Y se casa mañana! Y mañana nos separará una barrera espantosa, y abrasado en los ojos de su esposa, olvidará la pobre mujer que le entregó su corazon para que lo rompiera inhumanamente. Dios mio! Dios mio! Yo estoy loca! (*dentro la voz de Mateo.*)

MAT. Gracias, amigo Grup, gracias; voto al diablo!... Si no es por tí, dejo mi pierna en medio de esa cuesta. Hasta mañana... Qué demonio! no pasé tanto en el puente del Berecina.

DEL. Ah! mi padre... y como ocultarle mi dolor!

## ESCENA X.

MATEO *y* DELFINA.

MAT. (*entrando*) Delfina! Delfina! No sales á recibir á tu pobre viejo? Al pobre Mateo que se desvive por ti?

DEL. (Dios mio! esto solo me faltaba!)

MAT. Voto á sanes! que esa cuesta me ha fatigado mucho. Crei no poder subir, si el amigo Grup no me ayuda. Qué honrado es! Tan campechano como cuando estaba en el ejército, robusto siempre; alegre como él solo: vamos, esta tarde he rejuvenecido al recordar las glorias de Napoleon. Hemos recorrido con la imaginacion todos los campos de batalla, y he derramado mas de una lágrima al pensar en mis compañeros barridos por la metralla!...... Pero que diablos!... niña! estás pálida... tus ojos están llorosos... Qué tienes? Qué te aflige?

DEL. Padre!... Padre!... (*llorando.*)

MAT. Qué diablos? Que te sucede, hija mia? Ah ya: estás enamorada, y no habrá venido esta tarde tu amante... vaya! como ha de ser! tendrá obligaciones que llenar, y esto es tan sagrado como venirte á ver. Cuando yo era militar corriente, jamás abandoné el servicio por ir á ver á tu madre... y á fé que buenas rabietas pasó. Calla, sosiégate: mañana vendrá, y te dará sus disculpas.

DEL. (*llorando.*) No, padre mio: no es eso.

MAT. Como! ha venido? Entonces te habrá ofendido, te habrá disgustado por alguna niñeria, y eso no es regular! Mañana, cuando vuelva, voto al diablo; yo le ajustaré una cuenta! Pero vaya, no llores: eso no es nada.

DEL. Tampoco es eso, padre mio!

MAT. Pues entonces... Qué quieres decir? No comprendo tus lágrimas... habla, habla.

DEL. Carlos se ha marchado para no volver.

MAT. Cómo!... Cómo es eso?

DEL. Carlos no es ebanista del barrio de San Antonio.

MAT. No? Pues quién es?

DEL. Carlos, se casa mañana.

MAT. Pero... su nombre?

DEL. Carlos... es el hijo del conde de Varennes.

MAT. Y eso te aflige?.... bien.... olvídalo; otro vendrá.

DEL. Padre... padre... es preciso impedir esa boda.

MAT. (*agitado*). Como! Qué quieres decir?

DEL. Padre mio!

MAT. Vamos, habla... pronto... acaba!

DEL. (*arrodillada.*) Perdon, padre mio, perdon!

MAT. Qué... por Dios!... Ah!... Comprendo. Silencio.

DEL. Dios mio! (*un momento de silencio.*)

MAT. Silencio! Ah! estaba para maldecirte... pero.... te compadezco.... y lloro contigo. Alzate; aun es tiempo de reparar nuestra afrenta. Qué se diria del capitan Mateo, si no cobrára los brios de su juventud para arrancar el corazon del infame que te ha seducido? Oh! Què valdrian las gotas de sangre vertidas por la Francia, si no estuviera dispuesto á derramar otras pocas en favor de tu pura frente y de mis nobles canas? Se diria que era un cobarde, que le habia asustado un título, cuando no tembló bajo los muros de Moscow? Oh! no, no, hija mia. Levanta, y camina delante.

DEL. Dónde padre mio?

MAT. Dónde? A casa del conde de Varennes.



# ACTO SEGUNDO.

—=—

Sala del conde de Varennes adornada al estilo moderno. Puertas á derecha é izquierda y otra en el fondo.

## ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE VARENNES *y su hijo* CARLOS.

CON. Conque lo dicho, hijo mio; es preciso abandonar esa vida de calavera, para llenar los deberes de esposo y ser todo un hombre ante la sociedad. Debes reflexionar que el matrimonio tiene obligaciones muy sagradas que cumplir, que tus hijos van á llevar sobre sus frentes dos nombres ilustres, y es necesario legárselos con honor y grandeza. A vosotros os parecen estravagantes los consejos de un anciano, porque teneis la sangre hirviendo y os cansa todo lo que sea razonable. Yo tambien era lo mismo en vuestro tiempo; pero llega un dia en que se maldice el desórden de nuestra juventud, y ese dia es cuando se muestra ante los ojos nuestro capital destruido y la frente cubierta de arrugas, antes que la vejez pudiera mecerse sobre ella. Pesa bien tus acciones, y no dés un disgusto á la esposa que te destino: ella tiene que ser tu compañera en la tierra, y por tanto muy digna á tus respetos y consideraciones. La hora se acerca de firmar los contratos y debes vestirte para recibir á tu futura; yo entre tanto daré una vuelta por mi jardin para respirar el ambiente de la mañana. A Dios, y no seas perezoso.

## ESCENA II.

CARLOS, *solo.*

CAR. Tiene razon mi padre: debo cejar en esta vida de movimiento que ningun beneficio reporta. Harto lo conozco ahora que la intranquilidad se apodera del corazon... Maldita sociedad, que respetando añejas categorias, sujeta á dos seres que no se conocen, por una palabra empeñada neciamente, y sofoca el sublime sentimiento del amor, entre títulos y oropeles que nada significan al corazon!

## ESCENA III.

CARLOS *y* LUIS DORVAL.

LUI. Estoy desesperado, y vengo rabiando á ser testigo de tu boda.

CAR. Cómo es eso?... amigo Luis?

LUI. Calla! calla! no me preguntes... detesto las bodas.

CAR. Pues ayer me dijiste que pensaste un dia en el matrimonio.

LUI. Sí! pero hoy varia de especie; entonces hubiera desempeñado con gusto el papel principal, y hoy tengo que hacer uno subalterno.

CAR. Hombre, esplícate.

LUI. Sí, te esplicaré, porque necesito un desahogo, un calmante para mi sangre arrebatada... Chico, tengo exasperados los nervios.

CAR. Cuidado con la catalepsis. Ya te escucho.

LUI. Como te dije ayer cuando fui á buscarte... ah! se me olvidaba contarte, que la pobre niña... pues, tu querida la aldeana... chico, ¡que humos tiene!... me puso á raya á las primeras de cambio; pero cuanto te queria! al saber la verdad de todo... lloró... se desesperó... en fin, hasta que la dió un patatús, que me puso en un compromiso de todos los diablos.

CAR. Pobre niña!... tan pronto el desengaño!

LUI. Pero dejándola aparte, que esto no me parece del caso, te diré lo que me pasa; chico, esto no le sucede á nadie: es para matarse. Pues señor, como te dije, anoche me presenté en el baile del marqués de Traiville, donde estaba ella.

CAR. Y quién es ella?

LUI. Ella... ella... era mi novia; tan bella, tan seductora como siempre. Me acerco á su lado, dá su bucólica al viento, y hace resonar en mis oidos estas palabras: Es preciso que usted se olvide de mi: papá ha dispuesto de mi mano, y mañana debo entregarla: le amo á usted, y le amaré eternamente, pero no faltaré á los deberes de esposa: deseche usted toda la esperanza...» Hombre, has visto que papá mas bárbaro? Coactar asi la libertad filial, la inclinacion filial... En fin, la independencia filial. Esto es un acto de despotismo, y maldigo toda clase de tiranias; me corrompe el sistema restrictivo y todo lo que huela á absolutismo, porque no puedo avenirme á que una pobre criatura esté sujeta al capricho de un tirano, sea cualquiera su categoria. Por vida de... que si tuviera la pluma de Lamenais escribia un tratado de igualdad lata... Sin trabas; emancipacion de toda especie.

CAR. Y què mas dá la pluma de ese señor que las tuyas?

LUI. Hombre, quiero decir, su talento.

CAR. Ya; puedes pedírselo prestado por un mes.

LUI. He! fuera de bromas... Con que estoy para pagarme un tiro, y te vienes á burlar de mi dolor?

CAR. Ca! eso pasará.

LUI. No, no, te lo aseguro. Es una pasion violenta, que consume y corroe mi existencia como un gusano. Y el bueno de mi tio que no ha tenido á bien morirse para sacarme de este apuro? Para cuando lo dejará? Vamos, esto es horrible! inconcebible, indefinible...

CAR. Y te pones irascible...

LUI. Sí, eso es, irascible... porque mi fibra es muy irritable... viliosa... Y no quieres que venga desesperado á tu boda, cuando tengo que pensar que ella se estará casando quizá en el mismo momento?... Esto es lo mismo que nombrar el cordel en caso del ahorcado.

Car. Pero hombre, cálmate; si ya no hay remedio....

Lui. Por lo mismo que no hay remedio, no puedo calmarme: estoy hecho un torbellino, un huracan...

Car. Chico, me voy á vestir, no te dá la gana de barrerme.

## ESCENA IV.

Luis Dorval, *solo.*

Lui. Buf! me abraso de ira!... Y será posible que tenga que conformarme á verla en brazos de otro? Toma... y tan posible que mas no puede ser: me lo dijo bien clarito: No piense usted mas en mi. Esto no tiene interpretacion, es desauciarme... Y podrá ser feliz? Esto si que no es posible. Si los casamientos que se hacen por amor salen las mayor parte de las veces por los bancos de Flandes, estos de conveniencias, que se ajustan por oropel y sin conocerse los contrayentes, ¿cómo saldran? Sin haber estudiado el genio de la persona, sin comprender sus inclinaciones, sus hábitos, sus caprichos... ¡y estos caprichos que son terribles casi siempre! Y todo, ¿por qué? Porque se le pone en el magin á un vetusto señor, casar á su hija á la moda; porque el casarse con amor está desterrado del sentido comun, y solo se deja ya para las novelas... Oh! esto es muy triste! Cómo podrán ser felices, si desde luego tienen que empezar á engañarse mútuamente, diciendo que se aman, cuando en el fondo de su corazon desearian despedazarse? Por vida con la filosofia del siglo de los fósforos, que esto no puede comprenderse.

Jaz. (*anunciando.*) El señor conde de Saint-James y su hija.

Lui. Mi novia! su papá! su tirano papá! Dios mio! Qué es esto? Vamos, yo me vuelvo loco? Ella aqui! pues señor, esto me faltaba.

## ESCENA V.

Luis Dorval, *el* Conde *de* Saint-James *y* Carolina.

Lui. Tener que saludar á este hombre! He aqui otra tirania de urbanidad.

Sai. Caballero Dorval!..

Lui. Señor conde! (Estoy sudando.) Carolina!... (No sé que digo.)

Caro. (Dios mio! Luis aqui!)

Sai. Hace un dia escelente.

Lui. Magnífico! (Para mi no puede ser peor.)

Sai. Y el señor Conde y su hijo?

Lui. El Conde está en el jardin. Carlos se está vistiendo, y me ha encargado los honores de la sala.

Sai. Decis que el Conde está en el jardin?

Lui. Si.

Sai. Pues hacedme el gusto de acompañar á mi hija hasta que subamos. Voy á pasear con él un momento.

Lui. Descuidad: á su lado las horas serán cortas. (Si hablo mas lo hecho á perder.)

## ESCENA VI.

Luis *y* Carolina.

Caro. Usted aqui!..

Lui. La misma pregunta se me ocurria.

Caro. Pues que... usted no sabe...

Lui. Sí; Carlos se casa hoy: soy el padrino de su boda, y estoy para llenar mis deberes.

Caro. Y usted ha podido consentir...

Lui. Pues no? Se trata de la felicidad de un amigo, y ayer por la tarde fuí á darle la noticia.

Caro. Con que anoche sabia usted que me casaria con él?..

Lui. Cómo! usted?..

Caro. Con que su sentimiento de usted era finjido cuando le dije que era preciso separarnos para siempre!

Lui. Mentecato de mi, que he sido cuchillo contra mi sangre! Y yo que no sabia que se trataba de usted, que me robaban la felicidad... y tener que ser padrino en las bodas que labran mi desdicha! Esto solo me faltaba... Pero Carolina, usted que dice que me ama tanto, no pronunciará ese sí, que me dará la muerte; porque moriré sin duda, si usted firma ese contrato que nos separará por toda una eternidad.

Caro. Yo! Qué quiere usted que haga! Pesa una palabra empeñada entre dos familias principales, y me sacrificaré antes que romperla por mi parte. Ahogaré las emociones del corazon, y viviré para honrar á quien me dé su nombre... Si muero... Qué importa? usted me llorará y...

Lui. Pero yo no puedo conformarme con eso: renunciar asi á la felicidad de la tierra es renunciar á la vida. Sin usted, ¡qué es el mundo para mi!

Caro. Es que usted tiene tambien su palabra empeñada con su amigo, y no faltará á ella sin envilecerse.

Lui. Dios mio! Dios mio! Qué posicion! Pero usted tendrá resolucion?

Caro. Para qué?

Lui. Para romper los vínculos con que nos liga esta sociedad. ¿Qué vale una palabra forzosamente pronunciada contra la voz imperiosa del corazon? ¿Qué vale una fórmula que aun no se ha llenado, y que puede impedirse porque no hace su felicidad de usted, contra la idea espantosa de la desdicha perpétua?

Caro. Pero qué quiere usted decirme con todas esas razones?

Lui. Que usted no podrá resignarse á vivir con una persona que no conoce, que no ama, porque no puede amarse á dos á un tiempo, y que usted huirá ahora mismo conmigo.

CARO. Basta ya, caballero. Creia que le interesaba á usted mas mi buena reputacion. Huir con usted? Y qué diria la sociedad?

LUI. Siempre la sociedad! siempre ese fantasma de tiranía! Con que vale menos á sus ojos de usted la desgracia eterna de dos seres que se adoran, que el temor pueril de enojar á ese mónstruo de mil cabezas? Piensa usted que la sociedad, ese ídolo ante quien usted rinde sus afecciones, agradecerá su sacrificio? Oh! se engaña usted; se reirá sin comprenderla, y no verá las lágrimas que usted derrame en el rincon de su gabinete. La sociedad! Piensa usted que tiene clavados su millon de ojos en el fondo de su conciencia, que tiene su millon de lenguas para celebrar su martirio, y que está preparando sus manos para aplaudir el momento que decida su infortunio? Quién es una persona, por alta que sea, para llamar la atencion de ese fantasma? Un átomo en el firmamento, un grano de arena en la inmensidad de los mares. Esa sombra, ó como usted quiera llamarla, se rie enmedio de sus vicios, canta como una desesperada para ahogar los sollozos del que padece y dice con su estrepitoso rumor al pobre de espíritu, sacrifícate á mi sombra, mientras apuro la hez de las bacanales. Oh! respete usted la sociedad... Sí, hace usted bien ¿Qué importa que yo muera si usted no la enfada?

## ESCENA VII.

DICHOS *y* CARLOS *vestido con elegancia.*

CAR. Pues señor, estoy ya para recibir... Ah! señorita...

LUI. (Dios mio! Esto mas!..)

CAR. Creí que papá estaria de vuelta.

LUI. (Oh! como miente!)

CAR. El señor conde de Saint-James...

LUI. Ha bajado al jardin tambien.

CAR. Os parece que demos una vuelta por él mientras viene el notario?

CARO. Como gusteis. Soy vuestra. (*con timidez.*)

CAR. (*á Luis.*) Espero que avisarás cuando llegue... Pero, ¿qué tienes? Estás pálido! y...

LUI. No... no es nada.

CAR. Mas vale así. Señorita, aceptad la mano que se ha de unir á la vuestra para siempre. (Y la otra? Pobre niña!) (*Luis los sigue con la vista hasta que desaparecen.*)

## ESCENA VIII.

LUIS *solo.*

LUI. Y á mis ojos! oh! esto es horrible! Sin poder armar mi mano contra el corazon del que me roba la alegria... ah! me está bien empleado.

MAT. (*dentro.*) Entra tú, voto al diablo; yo, aqui me quedo para sostener tu retirada.

## ESCENA IX.

LUIS *y* DELFINA.

DEL. Ah! no es él! (*reparando en Luis, este sin verla.*) Será ya tarde! Se habrá casado! oh! diga usted! diga usted!.. Ya es tarde, ¿no es verdad? Harto lo dice la soledad de esta sala!

LUI. Ah! está usted aqui! Viene usted á cerciorarse de su perfidia para despues volver la espalda llorando... ¿no es esto? Oh! sí, llore usted, que puede llorar para mitigar la pena de su corazon.

DEL. Con que no hay remedio!..

LUI. Usted no sabe los males que ha causado ese hombre: no es usted sola la que padece por su causa.

DEL. Ah! sí, bien me lo dijo usted ayer: que seducia por entretenimiento.

LUI. Sí... ha hecho mucho daño. Y usted le queria con todo su corazon... como se ama en el mundo de las ilusiones!..

DEL. Oh! harto lo siento! Bastante se lo dijo á usted ayer mi dolor.... Me tenia engañada.... vivia en un paraiso de flores, y el porvenir me sofocaba de alegria. Le abrí las puertas del corazon y me fascinó como la serpiente de América que atrae para devorar. Era mi sueño... el sueño dorado de mi vida... Le amaba, como se ama á los diez y ocho años.... anegada en ilusiones, sin desconfianza, llena de esperanza y de ventura. Y ahora... ahora que ha hecho desaparecer el cuadro encantado de mis ojos, véame usted arrastrando con la realidad por sus salones; para pedir una reparacion al daño que me ha causado... Pero su silencio de usted me dice bastante que ya es imposible... Dios mio!

LUI. Usted le ama aun, ¿es verdad?

DEL. Ah! sí, con toda mi alma.

LUI. Pues bien: aun es tiempo. ¿No tiene usted una persona que pueda presentarse á impedir que se realice ese contrato? Un hermano... un padre...

DEL. Sí... mi padre... un pobre capitan del Imperio... anciano... achacoso...

LUI. Ah! no... ese no podria sostener un lance en caso necesario. No tiene usted hermanos?

DEL. No señor, soy sola!

LUI. Con que no tiene usted un apoyo jigantesco? Pues bien, no hay que afligirse: todo puede remediarse... yo seré ese hermano, impediré ese contrato, pediré una reparacion á su honor, exijiendo como único medio para ello un enlace que la ascienda á su categoria. Y si quisiera rehusarse, entonces usando de los derechos que la humanidad afligida me concede, le arrojaré á la cara su infamia, le retaré con la valentia de un hermano, y le mataré, señora, porque la razon y la justicia se ponen de nuestra parte.

DEL. Ah! gracias! gracias!

LUI. Ya veis... ayer os hice llorar... y hoy trato de proporcionaros la felicidad que os arrebaté. (Será la única accion buena de que tendré que gloriarme durante mi juventud!)

## ESCENA X.

DICHOS *y el capitan* MATEO.

MAT. Voto al demonio! Me canso de esperar. Y bien, en qué se piensa? Cómo se combate aqui? Caballero, usted que sin duda sabe donde se halla Carlos de Varennes, podrá decírmelo para exijirle una reparacion?

LUI. Pobre anciano! Y qué haria usted si el hombre que busca se negára á darla? Qué haria sin tener fuerza para resistirle, con la mano temblorosa para evitar los golpes de un brazo robusto y certero?

MAT. Qué haria? Qué haria me pregunta usted? Oh! lléveme usted á su presencia, y le verá temblar delante del capitan Mateo Laving.

LUI. Oh! le engaña á usted la confianza...

DEL. Padre mio... Este caballero se encarga de vengarnos.

MAT. Cómo!.. usted... Ah! con que aun hay virtud en el mundo? Con que existen todavia hombres que acuden á la voz de la desgracia? Oh! Escelente jóven, Napoleon se hubiera honrado con tu amistad. Bajo el peto de esta casaca testigo de cien combates, hay un corazon, que no tembló al arrullo de los cañones, ni se enterneció al pasar por cima de los acinados cadáveres de sus compañeros. Pero hoy que la deshonra pesa sobre mi frente, mas que una bomba encendida... hoy, le siento palpitar de sentimiento... y lloraria sino fuera mengua en un veterano.... Usted quiere reparar nuestra afrenta, noble jóven? Y qué hay que hacer? Mandad, y la crónica viviente de las glorias francesas se rinde á vuestra voz.

LUI. Se trata de impedir este matrimonio, que debe verificarse en esta sala: y ustedes hasta mi segunda determinacion, esperarán ocultos en esta otra habitacion. (*la de la izquierda.*)

MAT. Diablo! con que vamos á estar á vista de pájaro? Bien, siempre me ha gustado observar el semblante del enemigo... pero... ¡voto al demonio! Nunca he estado por las embos-cadas.

LUI. Y qué importa? Una ventaja mas.

MAT. Es verdad: á veces se han ganado las batallas por este recurso... Esto no quita para que luego salga yo al llano y decida la accion. Bien, muy bien.

LUI. Parece que ya suben.

MAT. Ea, pues, vamos: y Dios sobre todo.

DEL. Dios mio! protegednos. (*entran los dos en la habitacion de la izquierda.*)

## ESCENA XI.

LUIS DORVAL, *el* CONDE *de* SAINT-JAMES, CAROLINA, *el* CONDE *de* VARENNES *y* CARLOS.

SAI. Conde, teneis un jardin lindísimo: aqui pasareis buenas horas de recreo, y os envidio ese estanque espacioso y cristalino.

CON. Sabeis que mi casa es vuestra, y que podeis disponer á vuestro antojo de todo lo que hay en ella; con mucha mas razon, cuanto que van á unir nuestras familias los vínculos sagrados de la sangre.

SAI. Es verdad, Carolina, que hay flores muy bellas?

CAR. Perdonad, señor Conde, ante los matices de vuestra hija, las flores palidecen y se marchitan de envidia.

SAI. Vos la embelleceis con vuestra fina galanteria.

CAR. Estás enfermo? (*ap. á Luis.*) Te encuentro pálido y me pesa verte padecer: te falta dinero?

LUI. No.

CAR. Como sueles estar casi siempre arruinado por el maldito juego...

SAI. (*à su hija.*) Qué tienes? Estás distraida y quisiera verte con un semblante mas jovial y alhagüeño; procura alegrarte, y no des que decir; mi honor va en ello. (*se vuelve á hablar con el Conde.*)

CARO. (Eso es... sufre, ahogate, y procura reir, aunque el llanto rebose en el corazon.)

LUI. (Como si el dinero pudiera hacerme feliz!)

CAR. (Pobre Delfina.!)

JAZM. (*anunciando.*) El notario y demas testigos.

CON. Que pasen adelante.

## ESCENA XII.

DICHOS, EL NOTARIO *y algunos caballeros que se reparten en dos ó tres grupos despues de haber saludado.*

CON. (*al notario.*) Podreis poner el contrato sobre esa mesa, y los señores irán firmando.

LUI. (*mientras firman los testigos.*) Ay! estoy temblando como si fuera á cometer un crímen... Pero dejarme escapar la felicidad de entre las manos!.. Por otra parte hay personas que tienen una palabra mia, y es preciso cumplirla á pesar del mundo.

CON. (*lo hace.*) Carlos, á ti te toca firmar.

CAR. Señorita, ha llegado vuestro turno.

CARO. (Pobre Luis!) *Luis se adelanta coge el contrato y lo rasga.*)

CON. Caballero!

CAR. Luis! Luis!

SAI. Qué significa esto? (*movimiento de asombro.*)

LUI. (*con valentia.*) Esto significa, señores, que yo, Luis Dorval, en nombre de Delfina Laving, hija de Mateo Laving, capitan del Imperio, anu-

lo este matrimonio. Esto significa que una muger seducida y abandonada, ha venido á reclinar su frente en mi pecho llorando, y me ha dicho: Quereis ser mi hermano? Y yo se lo he prometido, señores; me ha confesado su deshonra y yo he jurado repararla.

CON. (*al Conde dé Saint-James y demas.*) Caballeros, dispensad un incidente en que no he tenido parte alguna; esta es una escena de familia que debo aclarar; permitidme un momento solo con mi hijo; tened la bondad de esperarnos en esa pieza inmediata. (*salen todos.*)

JAZ. Para el señor Luis Dorval. (*con un pliego.*)

LUI. (*cogiendolo: le abre y lee.*) Para mí? Cielos! es un sueño! á mejor tiempo no podia suceder... Pues señor, corro á recoger los títulos á casa de su apoderado, que vive en esta misma calle.

CAR. Caballero, (*tratando de impedir la salida.*) yo debo saber el motivo de su conducta.

LUI. Vuelvo, vuelvo. (*cogiendo el sombrero.*) Qué ventura! Esta es cosa que no sucede todos los dias, y me importa no detenerme.

CON. Pero...

LUI. Vuelvo, vuelvo al instante. (*corriendo.*)

## ESCENA XIII.

EL CONDE DE VARENNES *y su hijo* CARLOS.

CON. Y bien, Carlos, me esplicará usted la conducta de su amigo?

CAR Yo! qué quiere usted que le diga? Me estraña lo mismo que á usted.

CON. No, leo en vuestro semblante que ocultais algun secreto, y es preciso que usted me confiese sus faltas. Ese hombre acaba de decir, que impide su matrimonio en nombre de Delfina Laving, una muger seducida y abandonada, á quien se ha arrancado la honra cobardemente; y este es un crímen indigno del buen nombre que usted lleva sobre su cabeza.

CAR. Padre mio, yo os juro...

CON. No jureis, no jureis. Querreis decirme, que vuestra vida en el mundo ha sido egemplar? No habeis vivido en el lago de la disolucion como un villano? Pronto, decidme quien es esa infeliz á quien habeis infamado impunemente?

CAR. Yo!.. Yo!.. señor...

CON. Vos, que en vez de esgrimir las armas en defensa de vuestra patria, habeis corrido sin freno, asaltando de casa en casa la tranquilidad de las familias. Vos, que en vez de instruiros en todos los ramos de la ciencia, habeis frecuentado los gazapones inmundos del vicio, derrotando un capital que ha costado á vuestro padre sudores de sangre. Vos, que como un avaro sin pundonor, habeis estado noches enteras con el corazon palpitante sobre unos dados que decidieran de una mezquina cantidad... Y todo, porque lo exige el buen tono de nuestra moderna sociedad! Y quereis, caballero, que yo estrañe una aventura de esta especie?

CAR. Os juro, padre mio... (Oh! me muero de vergüenza!)

CON. Os repito que no jureis, ó me obligareis á decir que mentís como un miserable. Quién es esa muger? Dónde vive? Si no hablais os maldigo!

CAR. La amé... la amo todavia, y solo por respeto á vuestra palabra empeñada, sacrificaba un amor que me hubiera hecho feliz.

CON. Y qué direis ahora al conde de Saint-James y á la señora que pensaba entregaros su mano? Era este el modo de cumplir con los deberes de esposo? Es esta la buena fé que iba á reinar entre dos personas que deben vivir unidos en la tierra? Conque empezabais la vida de casado, engañando la confianza de una muger sencilla, que tendria derecho para exigiros su cariño? Oh! esto es inconcebible. No es esta la educacion que el conde de Varennes ha dado á su hijo. Qué decis? Os atrevereis á presentaros con tranquilidad ante esa familia respetable?

CAR. Yo... Qué quereis!.. es preciso cumplir la palabra que nuestro honor ha empeñado. Qué diria la sociedad?

## ESCENA XIV.

DICHOS *y* MATEO *saliendo con orgullo.*

MAT. La sociedad dirá que sois un infame.

CON. Un hombre aqui!

CAR. (Mateo!)

MAT. Sí, Mateo: el capitan Mateo Laving, que se ha introducido en vuestra casa con el derecho que le dá la justicia. Señor conde de Varennes, soy un militar honrado que he combatido por la grandeza de la Francia, y vengo á vuestra casa para pediros una reparacion á mi honor mancillado. Un honor que se ha mantenido ileso durante cincuenta y seis años, y que solo un hombre sin compasion se ha atrevido á empañar, abusando del amor de una criatura.

CON. (*á su hijo.*) Y qué decís? Vamos, contestad, porque ese asunto es enteramente vuestro, y solo á vos os toca satisfacer.

MAT. No, callará, callará cobardemente...

CAR. Señor capitan!..

MAT. Señor Carlos!

CAR. Con que derecho os presentais á insultarme en mi misma casa?

MAT. Con los que vos me cedisteis al asaltar la mia, y la honra antigua de un soldado viejo. Veis estas canas? Pues ellas brotaron en la cima de los Alpes. Veis estos vigotes? Pues la nieve de Smolenko se filtró en ellos mas de una vez. Veis estas insignias? Pues estas llevaba cuando el sol de la victoria nos alumbró en Austerliz. Esta aguila Imperial que ostento con orgullo en mi pecho, la recibí de mano del Emperador bajo los muros de la Moskowa;

esta espada me la ciñó Napoleon para sostener la retirada de Waterlóo, y este sombrero que cubre una cabeza entusiasta por las glorias de su pais, está deslustrado en fuerza de resistir los rocíos en el campamento. Y qué, ¿pensais que aunque débil anciano, no tendré aun valor para llevar pura tanta gloria al sepulcro? Pensais que mi brazo estará cansado en fuerza de batallar, y que no podrá dirijir una estocada al corazon de un hombre que le injurie? Estais afano con vuestra juventud, ¿no es verdad? Pero ya veis que aunque la vejez ha arrugado mi frente, en cuanto he sabido que vuestro aliento habia empañado el candor de mi hija, he sacudido mi pereza, he recobrado los brios de mi juventud, y me he presentado en vuestra casa, para deciros; señor Carlos, hijo del conde de Varennes, sois indigno de mirar frente á frente al viejo veterano de Jena.

CAR. Oh! (*gesto de furor.*)

CON. Silencio! Caballero. (*á su hijo.*)

MAT. Quereis combatir? Pues bien, venid á mi, à mi, campeon de los salones de las Tullerias; pero antes de cruzar vuestra espada con la mia, arrojad por la ventana ese sombrero que tantas veces saludó al emperador; pisad esa cruz que he ganado con mi sangre, y tronchad esta espada sobre los hierros de vuestro balcon. (*Arroja todo al suelo y se queda en silencio.*)

CON. Se averguenza V., no es verdad? (*à su hijo.*)

CAR. Ah! sufro mucho! (*aparte al conde.*)

CON. Bien: pues arrodíllese V. ante esas prendas tan bien conquistadas. Pronto, arrodillaos. (*Carlos lo hace.*) Sabe V. lo que tiene delante? Sabe V. lo que significan esas insignias? Mírelas V. con atencion... las veis? Pues todo eso revela la grandeza del genio que descansa entre las rocas de Santa Elena. Esa es la última luz de nuestras glorias, es la última página de nuestra historia brillante. Ese es el pago de la honradez y la valentía; es el premio dado à un militar entre el humo de la artillería, y entre el grito de la victoria. Ese es el paño con que los valientes enjugan sus heridas. Tomad, besad esas prendas que nunca debieron rodar por el suelo.

CAR. Padre mio! (*ap. los dos lo que sigue.*)

CON. Le pesa à V. la humillacion? No debe ser así; este es un tributo que debe rendirse al militar que salvó à su padre de V. en la retirada de Waterlóo.

CAR. Como, Señor, este anciano... Basta, conozco mi deber.

CON. Y qué dirà el mundo? (*alto, con intencion.*)

CAR. Y qué me importa el mundo, si encuentro la recompensa en mi corazon?

CON. Bien, hijo mio, bien; aun eres digno de mi cariño; un abrazo à tu padre, que te devuelve su aprecio.

CAR. Y vos, Mateo, y vos... no me perdonareis?

MAT. Voto al diablo! (*llorando*) Y por qué no? Estoy llorando, señor Conde, por la primera vez de mi vida. Hija, Delfina, hija mia. (*llamando.*)

CAR. Cómo! Esta aqui!... (*viéndola salir.*) Ah! Delfina!

DEL. Carlos! Padre mio!

MAT. Abrázale... sí voto al demonio! hemos ganado la accion.

## ESCENA ULTIMA.

DICHOS, EL CONDE DE SAINT-JAMES, LUIS, CAROLINA *el Notario y caballeros.*

SAI. Sí, y aqui están vuestros amigos, que desean tener parte en vuestra comun felicidad.

CON. Señor Conde... (*vá á su encuentro y le estrecha la mano.*)

SAI. (*ap. al Conde.*) Todo lo sé, amigo mio, y perdono á vuestro hijo el rato que nos ha dado. Sin ese respetable anciano, mi hija hubiese llorado eternamente el fruto de nuestra ceguedad. (*alto.*) Señores tengo el honor de presentaros á la marquesa de Saint-Cir.

CON. Pues cómo?

LUI. Sí, señor Conde; á mi respetable tio le ha dado la gana de morirse y dejarme heredero de sus títulos y riquezas. Yo amaba hace tiempo á esta señorita, oponiéndose solo á nuestra union un pequeño inconveniente; (*hace señas de dinero.*) cuando la carta que recibí, vino á reanimar mis fuerzas, y á darme valor para enterar al señor Conde de nuestro secreto. Carlos, me perdonarás haberte ganado la novia?

CAR. Al contrario, yo soy quien debe darte gracias por haber asegurado para siempre mi dicha. ¿Y tú, me perdonas? (*á Delfina.*)

MAT. Eso no se pregunta á una muger el dia en que se casa. Vamos, vamos pronto á que ese caballero de lo negro estienda el contrato, no sea que el enemigo nos arme otra nueva emboscada. (*dirijiéndose al público.*)

Y si el honor de un anciano
llegó á vuestro corazon,
dad muestras de aprobacion
á Mateo el Veterano.

FIN.

Madrid, 1846.

**Imprenta de D. Vicente de Lalama,**

*Calle del Duque de Alba, n. 13.*